

RABAZAS ROMERO, T. (coord.) (2015) *El conocimiento teórico de la educación en España. Evolución y consolidación*. Madrid, Síntesis.

Para los antiguos filósofos griegos, las relaciones entre una vida teórica y una vida orientada hacia la práctica parecían estar, en el fondo, bastante más claras que lo que pensamos nosotros ahora de ellas. Basta con leer con cierta atención algunas obras de aquellos filósofos para que nos demos cuenta de que la consecución de esa forma de vida coincidente con la máxima exposición del individuo a la actividad

contemplativa (a la teoría) solo se lograba tras una preparación práctica en la que el individuo se había ejercitado en la *areté* (la excelencia, tanto moral como intelectual) conformado un *ethos* y un carácter. Así, eso que hoy atribuimos al ejercicio del filósofo y del pensador (la contemplación, la vida teórica) es inseparable de un ejercicio práctico donde la existencia toda se construye y se ejerce como un cierto arte de vivir.

Pero hoy las cosas ya no son así. Y es difícil encontrar en la academia vocaciones teóricas que al mismo tiempo consistan en una forma de vida. Teoría y práctica –y en el campo de los estudios educativos esto es evidente–, parecen dos antiguas amigas que un día discutieron hasta el punto de no poder ya conversar serenamente. El libro que tengo el placer de reseñar brevemente aquí, coordinado por Teresa Rabazas Romero, de la Universidad Complutense de Madrid, es una buena ocasión para volver sobre estas cuestiones y adentrarse en un antiguo contencioso entre la teoría y la práctica.

Este libro es el fruto de un Proyecto de Investigación –cuya directora principal es Teresa Rabazas–, subvencionado por el Ministerio de Ciencia e Innovación en la convocatoria de 2010. Su vocación es claramente interdisciplinar, y su propósito –en su deseo de dar a conocer la evolución y consolidación de la Teoría de la educación–, es «contribuir al esclarecimiento de las circunstancias históricas-políticas e ideológicas las tradiciones epistemológicas, las trayectorias personales, las influencias internacionales, etc., que condicionaron su surgimiento y han marcado su desarrollo y evolución hasta el

momento presente» (p. 14). Para ello, el lector tiene la oportunidad, recorriendo los 10 capítulos escritos por 18 especialistas de diferentes universidades españolas, de apreciar una perspectiva histórica junto a una consideración epistemológica. Los diferentes trabajos que componen esta obra se articulan, así, en torno a tres partes diferenciadas: aportaciones relativas a la «genealogía disciplinar» de la Pedagogía; aportaciones que ponen el acento en los actores y protagonistas que contribuyeron al desarrollo de la disciplina; y contribuciones que tratan de diagnosticar el estado actual de la disciplina y marcar directrices para el futuro.

Es completamente imposible, en una reseña de estas características, dar cuenta de todos los matices, aportaciones y riqueza de los diferentes trabajos, cuya lectura sin duda resultará beneficiosa no solo a nuestros colegas especialistas en la disciplina, sino, lo que es más importante, a los estudiantes quizá ya avanzados de los estudios pedagógicos, especialmente a quienes deseen iniciarse en la investigación teórica e histórica de la educación. Como tal, el libro es rico, variado, interdisciplinar y plural en sus enfoques y maneras de abordar una misma cuestión. Lo histórico, lo memorialístico y lo testimonial (el *testimonio*, como categoría pedagógica, es sin duda de gran valor para la investigación teórica e histórica de la educación, como algunos de nosotros, desde hace años, hemos tratado de esclarecer conceptualmente desde la filosofía de la educación) se armonizan variadamente a las fructíferas reflexiones epistemológicas que se reparten en varios momentos del libro.

La empresa que aquí se aborda es, en suma, atrevida e importante. Nos es fácil hablar de «teorías» –en un mundo tan banalizado y superficial como el nuestro, donde la tendencia a la infantilización es predominante en el contexto de la llamada sociedad del aprendizaje– como tampoco lo es hablar de Teoría de la Educación. Podemos, de hecho, llegar a olvidar la irónica advertencia de Marcel Proust, quien decía que «una obra que contiene teorías es como un objeto al que se le ha dejado el precio» (*Le temps retrouvé*). Conviene no olvidar, y de eso se dicen cosas interesantes en esta obra, que la teoría siempre quiere saber, por seguir con la misma metáfora, el «precio» de las cosas de las que habla, y en ese sentido no tiene nada de abstracta, pues plantea, o debe intentar hacerlo, preguntas que historiadores, críticos y filósofos de la educación, en nuestro caso, constantemente renuevan, a propósito de textos, discursos y asuntos concretos. El riesgo es que las respuestas a dichas preguntas ya se sepan por adelantado, y que el recurso a una Teoría de la Educación, que por definición siempre ha de ser crítico, quede transformado por la institución académica en una especie de método. La lectura de esta obra nos permite considerar el hecho de que no es solo por sus componentes especulativos ni por su aspecto práctico o pedagógico por lo que una Teoría de la Educación es interesante, necesaria y auténtica, sino por los estimulantes debates que contiene y a su vez ha de promover. No, la Teoría de la Educación ni es un compendio de recetas, ni una técnica,

y ni siquiera una pedagogía más: es un cuestionamiento permanente de lo dado por supuesto y, como se dice en uno de los trabajos de este libro, un cuestionamiento permanente de nuestro presente educacional.

Fernando Bárcena